

Anomalías ilustradas II. Salvajes, incorregibles, débiles y villanos en *El Cojo Ilustrado* de Caracas

Carmen Díaz Orozco
Universidad de Los Andes
Mérida – Venezuela
carmensamiradiatz@gmail.com

Resumen

Esta investigación analiza las estrategias de incorporación del “anormal” en *El Cojo Ilustrado* de Caracas (1892-1915). Siguiendo las pautas propuestas por Jacques Derrida (1994) para la elaboración de archivos, analizaré las estrategias de omisión y/o incorporación de algunos sujetos anómalos que introducen un ruido en el compendio visual de la nación. Una minuciosa retícula de selección de los cuerpos aptos para representar “lo típico nacional” privilegia la figura del llanero, convirtiéndolo en el “lema simbólico” de la nación moderna, incorpora la del indio mediante estrategias de subordinación destinadas a atenuar su temida antropofagia, y apenas menciona, cuando no omite, la del negro. Esta investigación compila los cuerpos de un primer archivo de “sujetos peligrosos” (en el sentido más transparentemente foucaultiano de la acepción) que, en diversos niveles y según sus propias especificidades, parecieran perturbar la armonía del concierto nacional. Estos sujetos destacan por sus particulares anomalías y por las lesiones que infringen a la patria y a sus ciudadanos.

Palabras clave: anormales, revistas ilustradas, tipos nacionales, criminales, enfermos.

Abstract

In this research paper, we shall analyze strategies used for interpreting the “abnormal” in *El Cojo Ilustrado* of Caracas (1892-1915). Following the guidelines laid down by Jacques Derrida (1994) for archive creation, I shall analyze the strategies of omission and/or incorporation of some anomalous figures which introduce noise into the visual compendium

of the nation. A thorough selection reticule of the bodies which are most appropriate to represent “the typical national figure” privileges the plainsman and makes him the “symbolic motto” of the modern nation. It also incorporates the indian by means of strategies of subordination designed to diminish his much feared cannibalism. The black man is hardly mentioned at all and is generally omitted. In this paper, I have compiled the bodies for a first archive of “dangerous men” (in the most transparently Foucaultian meaning of the word), who, in varying degrees and according to their own specificities, appear to disrupt the harmony of the national concert. These figures stand out because of their particular anomalies and not because of the harm they bring to the country and its people.

Key words: abnormal, illustrated revues, national types, criminals, sick men.

No hay archivo sin un lugar de consignación, sin una técnica de repetición y sin una cierta exterioridad. Ningún archivo sin afuera.

Jacques Derrida (1994: 8).

Preliminares

El primero de enero de 1892, los propietarios de la empresa El Cojo, famosa por la manufactura de cigarrillos y por haber sacado provecho de la cojera de uno de sus miembros para bautizar los productos de la compañía, editan el primer número de *El Cojo Ilustrado* (Caracas, 1892-1915), la célebre revista caraqueña que estaría destinada a ocupar un sitio de honor en los anales del periodismo venezolano, como uno de los proyectos editoriales más emblemáticos de su época. En el prospecto del primer ejemplar de la revista, sus editores se dicen animados por un “espíritu de progreso” con miras al bienestar de la patria y de sus habitantes, al tiempo que aseguran poseer la última tecnología en materia de grabado para hacer una revista “que no desmerezca de las que se dan a luz en el extranjero”. Por otra parte, afirman que el contenido de las secciones se orientará hacia aquellos que contribuyan a la “ilustración y enseñanza del pueblo venezolano”.

En materia de grabados, la balanza se inclina por los “que muestren para el extranjero los usos, costumbres y progresos de la patria”. El editorial termina exhortando a los escritores a enviar colaboraciones en las que “brille el talento patrio” y que “de algún modo representen interés nacional o revistan carácter genuinamente venezolano”¹.

Esto es, una revista cuyos contenidos estén a la altura de los mejores, que contribuya a la ilustración de sus lectores y que muestre en el extranjero los usos, costumbres y progresos de la patria. O lo que es lo mismo: un archivo capaz de consignar la memoria colectiva de su tiempo, con sus cruzadas evangelizadoras y sus particulares destrezas de clasificación y exhibición de contenidos. Desde esta perspectiva, pretendo analizar las estrategias de “incorporación” del anormal en *El Cojo Ilustrado* de Caracas. Siguiendo las pautas propuestas por Derrida para la elaboración de archivos, mi trabajo consistirá, inicialmente, en identificar aquellas técnicas de repetición que permitan clasificar sus contenidos por afinidades discursivas; en este sentido, destaca el tema del progreso y su exhibición sin cortapisas, pergeñadas en el prospecto inaugural. Posteriormente, me ocuparé de rastrear el perfil de aquellas anomalías que, en apariencia, no forman parte del archivo; que son su afuera que, paradójicamente y desde adentro, dan sentido al acontecimiento que el archivo registra. Tal es el caso de las estrategias de incorporación sesgada de algunos tipos que parecen empañar las conquistas del progreso en suelo patrio.

De esta manera, pretendo seleccionar el corpus de un primer archivo de “sujetos peligrosos” (en el sentido más transparentemente foucaultiano de la acepción) en las páginas de la revista. Un archivo ilustrado compuesto de afinidades temáticas que, por la vía de la repetición, incorpora contenidos (anomalías) que se ubican tanto dentro como fuera de sus fronteras. La identificación de esta paradoja me ha obligado a interrogar la textura y estrategias discursivas de esa “cierta exterioridad” que señala Derrida, como condición *sine qua non* del archivo. Algunos de los tipos que abordaré en estas páginas dependen de esta condición de exterioridad para poder estar adentro y creo que de esta consistencia paradójica pende no solo su incorporación sesgada en las páginas de la revista, sino sus contradictorios esfuerzos de clasificación contemporánea.

He catalogado las anomalías de este archivo en cuatro tipos debido a su frecuente circulación en los 12 primeros años de edición de la revista, aunque también he agregado imágenes y comentarios de épocas posteriores. Estos tipos son: el Salvaje (o Indio), el Incorregible (o Negro), el Débil (o Enfermo) y el Villano (o el Criminal Perverso). Estos sujetos destacan porque introducen un ruido en el compendio visual de la nación, por las lesiones que infringen a la patria y a sus ciudadanos y porque su presencia en las páginas de la revista pareciera perturbar la armonía del concierto nacional. Así, mientras indios y negros marchitan, en el escenario internacional, el nivel de urbanidad alcanzado por los locales, los débiles y perversos constituyen un atentado contra el bienestar de la nación y, como tal, deben ser extirpados del cuerpo social.

1. Salvajes (Indios)

En un resumen de los 15 primeros números de la revista del 1 de septiembre de 1892, las fotografías han sido clasificadas por monumentos, calles, plazas, escritores, músicos, ingenieros, etc., y, finalmente, por “retratos de tipos y costumbres”. En este apartado se introducen los tipos populares, que la revista clasifica como lo “típicamente criollo” (vendedores de dulces y demás productos de consumo local) y seguidamente aparecen aquellas imágenes clasificadas como “tipos diferentes”. En este apartado se incluyen las fotografías de tipos indígenas y una imagen titulada “negrita de pata en el suelo” que presenta a una joven descalza en términos de “simpático ejemplar de nuestra zona típica” (*ECI**, “Sección nuestros grabados”, 15 de junio de 1892: 179).

Como los negros, los indios son también tipos diferentes a los ojos del veedor local; son el afuera del archivo que, estando dentro perfila con mayor exactitud las distancias que lo separan del progreso, y esas distancias pueden medirse mediante el empleo de algunas fórmulas discursivas que aparentemente lo incorporan: “este simpático ejemplar” o “nuestros compatriotas del Orinoco” o los “señores indios del Orinoco” (*ECI*, “Sección nuestros grabados”, 5 de mayo de 1893:

* *El Cojo Ilustrado*, de ahora en adelante *ECI*.

189). Estas estrategias discursivas lo incorporan en el archivo a través de la entrada de particularidades étnicas y es precisamente esta condición la que les otorga un espacio en el compendio visual de la nación. De ella depende que su tipología consiga mitigar la imagen del indígena salvaje y antropófago popularizada por los viajeros de la primera mitad del siglo XIX, lo que pondría en peligro el despliegue de nuevos tipos de colonialismos (de inversión extranjera) y estos reclamos de la nación en ciernes les da derecho de ciudadanía, con todo y reservas (ver imagen 1).

En este sentido, la fotografía los incorpora en su condición de



Imagen 1: “Indio Baré”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de mayo de 1893: 190.

sujetos disímiles, como parte del museo antropológico de la nación y, por esta vía, ejerce sobre sus cuerpos diversos mecanismos de subordinación. En estos casos, la tipología funciona como un marcador de indicadores esenciales: se ubica al personaje en un set improvisado o en un estudio alrededor de algunos elementos de utilería y se le impone una pose que lo describe como entidad tipológica. Comentarios como el que sigue contribuyen a amortiguar la imagen de este “salvaje” en el escenario internacional (ver imagen 2):

La población indígena de Venezuela puede estimarse hoy en unos 340.000 individuos. En 1839 era de más de 220.000 y para 1889 se elevaba a 326.000. De esta población apenas una cuarta parte vive independientemente en regiones apartadas de los centros civilizados, donde débilmente alcanza la jurisdicción de las autoridades públicas o la influencia del comercio ordinario. El resto es de indios en parte civilizados completamente y en parte identificados con la vida común y costumbres del país.

La raza caribe es de las más inteligentes y *se civiliza con bastante facilidad*: y como al mismo tiempo es fuerte e intrépida, donde ella existe se hace superior a todas las demás. Habita principalmente en la vasta región que forma la hoya inferior del Orinoco (...) Los grupos de caribes representados en las copias grabadas son de los que habitan en la Guayana venezolana. Son indios *ya semi-civilizados, dóciles a los hábitos de la vida ordenada y entre quienes la obra de los misioneros catequistas no ofrece los peligros consiguientes a la resistencia y á las agresiones salvajes* (ECI, 15 de agosto de 1899). [Las cursivas me pertenecen].

2. Incorregibles (Negros)

El martes 10 de mayo del año 2011, la Asamblea Nacional aprobó, en primera discusión, el Proyecto de Ley Orgánica contra la Discriminación Racial en Venezuela. El asunto no solo generó acaloradas discusiones en la Asamblea, sino que sirvió de abono a la algazara popular en torno al uso de un adjetivo que, a juicio de los entendidos, confirmaba el racismo latente de quienes lo emplean. De inmediato, los medios de comunicación social catapultaron la

picardía criolla preñada de abundantes ironías acerca del uso del término “negro” para referirse a los descendientes de africanos del país. Sin embargo, el texto del decreto no contiene ninguna referencia sobre el uso indebido de este adjetivo y mucho menos prescribe su remplazo por el de “afro descendiente”. A la luz de este desconcierto, nada indica que no podamos seguir hablando de novela negra, de humor negro e, incluso, de besos negros y, en consecuencia, también de los negros para referirnos a los afro descendientes venezolanos.

En un libro revelador que aún espera traducción al castellano, David Le Breton analiza las cartografías y lenguajes del rostro como el signo más distintivo del individualismo moderno². Afirmo Le Breton que cuando miramos al otro tomamos en consideración su existencia y que el cara a cara supone una mirada mutua, de allí que el no mirar



Imagen 2: “Orocopiche: El Presbítero Dr. Nicolás Mennello entre los indios”, en “El Cojo Ilustrado” de Caracas, 15 de agosto de 1899: 540.

también esté cargado de sentido: el sentido de la exclusión ciudadana, para el caso que nos ocupa. La mirada supone un contacto, ella “toca” simbólicamente al otro y este carácter táctil está lejos de pasar desapercibido en el imaginario social (Le Breton, 2003: 149-158). He aquí bosquejada la estrategia preferida de exclusión empleada por las élites de la época en torno al cuerpo y a la cultura del negro: la maniobra ilustrada consiste en no mirar, desdibujando su lugar y consistencia social en el cuerpo de la nación.

Frente a este silencio voluntario sobresale un puñado de imágenes en las que la figura del negro destaca por su descontextualización cultural y por su carácter pintoresco. Como los tipos populares (panaderos, lecheros, carboneros, aguadores, etc.), estas imágenes forman parte de las curiosidades del país, son las típicas escenas “amenas y pintorescas” que la velocidad del progreso hará desaparecer y, en consecuencia, es necesario registrar cuanto antes.

La operación supone una doble mascarada: por un lado, el ojo del veedor local se mimetiza con el del viajero decimonónico, solo que, en su caso, la exclusión ya es no proferida de manera descarnada sino mediante la tríada humor / pintoresquismo / curiosidad; por otro lado, su mirada ejerce, en torno a la figura del negro, una suerte de extranjería convirtiéndolo en una imagen más del exotismo apta para el consumo local, pero el negro está ahí, en las calles y plazas de la nación aunque sea el sujeto que no se nombra, como no sea para destacar su condición de orilla (ver imagen 3, en la página siguiente) y el veedor letrado parece decir al pie de todas las imágenes que lo capturan: “eres tan invisible (¿o insignificante?) que ni siquiera te ignoro”.

Este ejercicio de oclusión se hace patente en aquellas imágenes de grupos en las que la figura del negro aparece entre los estudiantes de la universidad o como miembros de instituciones burguesas; en estos casos, no son representantes de su cultura, sino miembros de sus respectivas corporaciones. Y aun así, resulta evidente su posición periférica en el plano general de la fotografía (ver imagen 4, en la página 114).

A la luz de estas estrategias de ocultamiento, resulta difícil acercarnos a los prejuicios que se articulan en torno a la figura y costumbres de los negros en las páginas de la revista, porque

pareciera que son prejuicios y no otra cosa los responsables de esta evidente invisibilidad de sus cuerpos, como lo testimonia su presencia periférica en prácticamente todas las imágenes grupales de extracción popular presentes en *El Cojo*... Las imágenes son innumerables y la única manera de otear la trama de estas tropelías es recurriendo a los comentarios acerca de los negros extranjeros, donde el discurso ilustrado no escatima esfuerzos para cristalizar todo el andamiaje de exclusión pasiva que reafirma el tópico de su incapacidad intelectual, de su natural hedonismo y consabida resistencia ante la higienización y contención de sus más primarios deseos corporales³.

El 1 de abril de 1896 la revista publica, en la sección “impresiones de viaje”, una crónica suscrita por Eloy González durante su estadía en la isla de Barbados. Al arribar al muelle de Bridge Town, lo primero que



Imagen 3: “Grupo de profesores y estudiantes de la Universidad de Valencia”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 15 de enero de 1895: 248.

reseña González es la gritería y el olor de “la turba de insulares”, “aquella masa negra de la cual creéis que va a escaparse un vaho nauseabundo de alquitrán y ricino por lo mugriento de sus mandiles, por lo sudoroso de los desnudos pechos, por lo miserable de los andrajos” (*ECI*, 1 de abril de 1896: 293)⁴. Seguidamente, el cronista se pregunta “cómo entre tanto miserable no se ven los mendigos, sin haberos fijado en que todos lo son”, y algunas líneas después agrega:

Cómo en esta tierra feraz y generosa en dones (...) haya una población tan desgraciada, hambrienta, desnuda y misérrima; sin atender a que de otra manera no acontecería si no fuese por las *condiciones cerebrales* de estos pobladores, retrasados en la evolución por el grillete de la conquista, simios rudimentarios, organismos incompletos, sobre los cuales tienen que obrar lenta y fortísimamente los grandes agentes etnográficos (*ECI*, 1 de abril de 1896: 293) [Las cursivas me pertenecen].



Imagen 4: “Curso de Ingenieros de la Ilustre Universidad Central de Venezuela”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de septiembre de 1894: 336.

González no se ahorra detalles al reseñar las dificultades que enfrentaría cualquier nación compuesta por semejantes ciudadanos (ver imagen 5):

El hijo antropomorfo de esta gente negra (...), como una eterna reproducción de un grado preciso en la ascendente escala zoológica. Semi-desnudo, feísimo, asombradizo, va formándose el futuro colono (...), carga mugrienta que esta tierra arroja en algún barquichuelo, para que vaya por todo el archipiélago, arrastrando junto con sus harapos su existencia, desde su origen inútil para sí y luego desastrosa para la patria (...). No saldrán de esa condición; el hombre un antropopitecos cubierto con desechos de vestidos de otro; y la mujer una repugnante



Imagen 5: “Negros de Barbados”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de abril de 1896: 293.

hembra, tolerada por la necesidad en las calles y en los arrabales (*ECI*, 1 de abril de 1896: 293).

Ideas similares se articulan en torno a la fotografía del rey Behanzin y su familia (“Behanzin y su familia. Rey del Dahomey deportado a Martinica”, *ECI*, 15 de febrero de 1895: 101). El comentario de la imagen destaca la promiscuidad del rey (muchos hijos de distintas madres, que le sirven de esclavas), quien posee un “remedo de familia” (más de 80 hijos de muchas mujeres) y gusta del alcohol. Las imágenes del emperador de Haití, Faustino I (1838-1859) (“La corte de Faustino I”, *ECI*, 1 de enero de 1901: 47), introducen la variante de la ignorancia (“no saben leer”) y de la bufonería (“No hay zarzuela que pueda compararse en bufonería con aquella corte en que los negros trataban de imitar los esplendores de la de Napoleón el Grande”). Las asociaciones tendenciosas son constantes: en el comentario de la foto “Coquetería” (“Coquetería”, *ECI*, 15 de agosto de 1895: 525) una mujer carga a su bebe mientras sostiene un espejo. El comentario reza: “Coquetería de robusta criolla que pone sus cuidados en mimar al rollizo fruto de sus despreocupados amoríos”. El tópico de la sexualidad despreocupada e irresponsable parece estar indefectiblemente asociado a las capas populares del cuerpo social y, en particular, a las culturas afrovenezolanas.

Este concepto de “raza inferior”, tan caro a las entradas “salvaje” e “incorregible” que acabo de exponer, se disputará el mismo lugar que el concepto de “género” en mi archivo de anomalías. Y nada más natural que así sea, pues para la época el concepto de género comparte con el de raza el mismo horizonte de interpretación. O para exponerlo en palabras de Gabriela Nouzeilles: “Así como las razas inferiores constituían el tipo femenino de la especie humana. Las mujeres eran la “raza inferior” dentro del sistema de diferenciación sexual” (Nouzeilles, 2000: 41). No a otra cosa respondía el apelativo de “sexo débil”, o su versión edulcorada de “bello sexo” para hablar de lo femenino en las páginas de la revista. Tanto la raza inferior como el sexo débil “representaban estadios menos desarrollados del hombre blanco, parámetro absoluto de la razón y la salud” (41).

3. Débiles (enfermos)

Una revisión de los tópicos más frecuentes relacionados con la enfermedad en las páginas de la revista da un saldo en favor de la labor higienista como parte integral de la salud ciudadana. Se enarbola así el axioma por excelencia de toda la centuria que convierte a la higiene en garantía de la salud cuando no en responsable de la enfermedad. Como ocurre en prácticamente todas las nuevas naciones del continente, este saber higienista se convertirá en autoridad gubernamental, en garante del progreso y bienestar de la ciudadanía y, en sociedad con las políticas sanitarias del Estado, va a representar la imagen pública de la nación (ver imagen 6 en la página siguiente). La empresa supuso asegurar el fortalecimiento global de la salud ciudadana; de allí el diseño de redes de saneamiento urbano en las ciudades más importantes del país tal y como estas son reseñadas en las páginas de *El Cojo Ilustrado*: construcción de sistemas de aguas potables y servidas; empedramiento y alcantarillado de las ciudades, creación de cementerios, hospitales, orfanatos, cárceles, mataderos y todo un sistema integral de bienhechurías sociales destinadas al saneamiento integral de las ciudades.

Este discurso higiénico va a introducir cambios importantes en los hábitos cotidianos de la ciudadanía; el más destacado es el que prescribe un severo régimen de asepsia en manos y rostros, de ahí la amplia oferta de jabones bactericidas y de otros más especializados que se ocupan de eliminar las imperfecciones de la piel llegando a imponer, incluso, su blanqueamiento, suavidad y acabado de terciopelo.

Pero en una sociedad con el registro cortesano, la higiene también consolidará las distinciones que ella misma había venido estableciendo entre el cuerpo enfermo y el cuerpo sano, y la palabra que vendrá en auxilio para establecer el diagnóstico será el vigor. De los hombres se espera que sean corpulentos, fuertes y varoniles. En su caso, el vigor dependerá de una postura recta, enderezada con la ayuda de algunos soportes ortopédicos (fajas, liguetos, etc.). El vestido también servirá para refrendar el vigor de estos cuerpos: traje, chalecos, corbatas, frac, levita, casaca, junto al empleo de algunos accesorios: bastones, ligas, liguetos, sombreros, etc. El paso firme y rápido y el tono de voz fuerte, serán garantía del prototipo masculino de la revista.

Para el caso femenino, el vigor dependía de la robustez del cuerpo, de su porte refinado y este, a su vez, de una equilibrada combinación entre el exceso de carnes, la dignidad y delicadeza en los gestos y la postura corporal. Como en el caso masculino, esta postura corporal también prescribía el uso de algunos soportes ortopédicos, entre los que destaca el empleo del corsé y de trajes capaces de resaltar el exceso de las carnes. En este contexto, el vigor también forma parte de un discurso que clasifica a los cuerpos según sus capacidades de reproducción; para el caso femenino, esta depende, entre otras cosas, de la existencia de un pecho generoso, caderas anchas y brazos y muslos gruesos; amén del empleo de algunos accesorios capaces de resaltar la delicadeza de los modales y promover la sensualidad femenina: abanicos, chales, pañuelos, sombrillas, encajes, joyas,



Imagen 6: “Hospital Vargas. Anfiteatro de operaciones ginecológicas – Servicio de Doctor Acosta Ortiz”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 15 de febrero de 1905: 131.

perfumes, etc. En cuanto al desplazamiento corporal, se impone el paso suave, pausado y delicado, y la voz baja y dulce.

Pero quizás sea el tema de la debilidad la más notable de las taras de este periodo higienista, sobre todo si se entiende como la contrapartida del tema del vigor ciudadano, de cuya existencia depende la consolidación de las fuerzas productivas de la nación; y lo que es más grave, pues pone en peligro su soberanía: la incapacidad de un ejército, compuesto por razas débiles y degradadas, no apto para defender a la nación de ataques extranjeros, como lo advierte el responsable de la sección Variedades en un análisis de la “Decadencia de la raza alemana”, basado en la exposición de “alarmantes estadísticas”:

[S]olo el 54% de los jóvenes que se han llamado al servicio militar, han podido alistarse bajo los pabellones del ejército. Es así que, cerca de la mitad de los hombres de 20 a 22 años es muy débil y menguado para llevar las armas (*ECI*, 15 de enero de 1904: 72).

Las razones no son otras que “el exceso de bebidas alcohólicas en la juventud, los enlaces precoces, en cierta clase social y, respecto a las multitudes pobres, la debilidad por la insuficiencia de alimentación”. El tema de la debilidad ocupa suficientes entradas durante esta época como para que sea parte importante de este archivo. Otro tanto se expondrá en un artículo que reseña la “Debilidad del sexo fuerte”:

Los maliciosos aseguran que reconocen por causa de esta debilidad los vicios: gran número de hombres mueren prematuramente por intemperancias diversas”. Sin duda que algo de cierto hay en tal afirmación; no es el respeto a la higiene la norma de nuestra existencia, ni mucho menos: gran número de hombres mueren prematuramente por estas causas (*ECI*, 15 de noviembre de 1904: 714).

De allí que no extrañe que el cuerpo débil sea un verdadero atentado contra el progreso de la nación y que a las causas de la decadencia que acabo de reseñar se agreguen otras de similar envergadura: un alambicado abanico de enfermedades respiratorias o de la sangre, de anemias, clorosis e, incluso, de impotencia masculina. En este contexto, el síndrome de la fatiga acaparará el espíritu publicitario, como lo certifica la amplísima oferta de tónicos

reconstituyentes para garantizar la mayor cantidad de carnes en el menor tiempo posible, estimular el apetito o la producción de leche materna; junto a vinos y demás brebajes para facilitar el tránsito digestivo, la lentitud en las funciones del hígado, las afecciones escrofulosas y demás males corporales entre los que el cuerpo enjuto pareciera ser sinónimo de enfermedad⁵. De entre estos cuerpos, destacan aquellos que son consecuencia de la guerra y, claro, uno se pregunta de cuál guerra habla esta gente si ninguna nota reseña el asunto. La imagen feliz de una nación pujante y moderna, signada por las prerrogativas del progreso introduce nuestro desconcierto frente a algunos “desastres de la guerra” que parecieran haber burlado el cerco del archivo, como lo demuestra el comentario que asegura el destino incierto de sus víctimas.

Ahí, en un girón de tierra que todavía tiembla de espanto... la naturaleza misma aparece como un escenario infeliz, solo capaz para encuadrar el espectáculo de una familia de campesinos ayer robustos, de labriegos que fueron vigorosos y de renuevos que estuvieron sanos, viuda ahora la esposa, en desamparo las hijas... En otro grupo los mutilados, los inválidos, los futuros legionarios de la mendicidad, que en vano nos alargarán la única mano trémula sacada del duelo en girones. (*ECI*, 1 de julio de 1903: 405-406) (ver imagen 7, en la página siguiente).

Contra las patologías más comunes: debilidad, agotamiento y enfermedades respiratorias, la farmacopea prescribe la práctica del deporte, de actividades al aire y de excursiones campestres que aprovechen las propiedades curativas del medio ambiente. La incorporación de estos hábitos de higiene ciudadana alcanzará su punto culminante con la consolidación de la familia nuclear y reproductora y la dedicación al trabajo o a una empresa útil capaz de asegurar los destinos de la nación.

He revisado algunas publicaciones especializadas de la época (*Unión médica*, *La Farmacia* y *Unión farmacéutica*), editadas en Caracas hacia finales del siglo, y sus contenidos establecen diferencias capitales en cuanto al tratamiento de la enfermedad. La *Unión farmacéutica*, por ejemplo, publica una sección fija de

“variedades” en la que es frecuente la advertencia de envenenamiento causado por mala praxis en la elaboración de las fórmulas prescritas (desconocimiento de las cantidades, administración de las dosis, etc.). Nada de esto es reseñado en las páginas de la revista y la verdad es que no creo que ello sea solo explicable en razón de su condición de publicación no especializada. Desconcierta la mención solapada (cuando no inexistente) de enfermedades endémicas como el paludismo, por ejemplo, que es tema recurrente del discurso higiénico de la época; pero también el anatema del silencio impuesto a las “enfermedades secretas” que, en cambio, sí ocupan un alto metraje en las páginas de las publicaciones especializadas de la época.

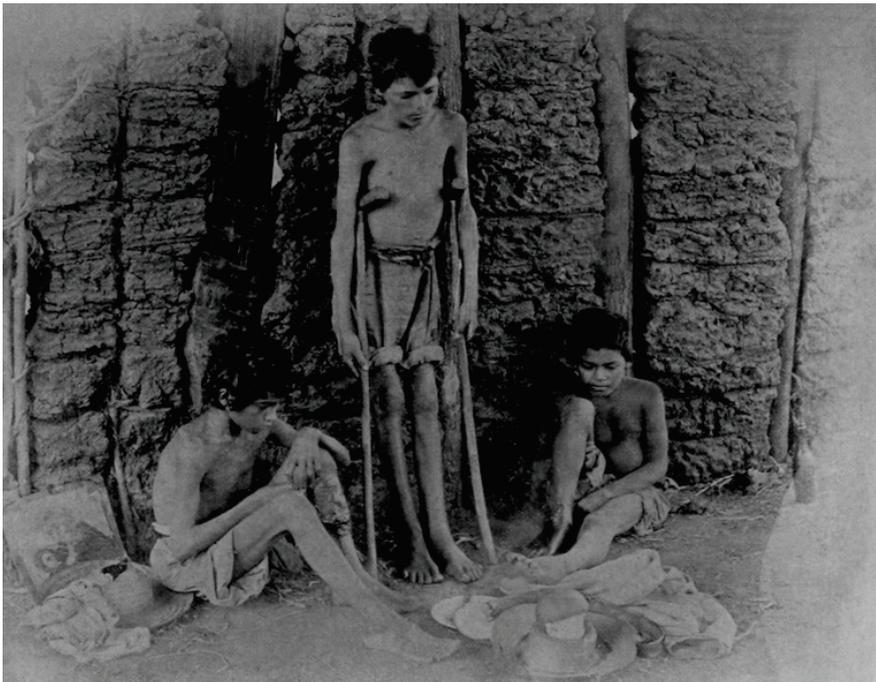


Imagen 7: “Desastres de la guerra”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de julio de 1903: 390.

4. Villanos (Criminal Perverso)

Para finalizar, me interesa destacar la aparición de mi último sujeto peligroso (ver imagen 8); este irrumpe en el escenario de una nueva criminalidad ilustrada para relativizar las viejas categorías del monstruo criminal; esto es, del sujeto desprovisto de toda razón y cuya criminalidad solo podía explicarse por la vía de la demencia o como perteneciente al ámbito de la psiquiatría y no del registro jurídico. Veamos el texto que explica la imagen de “El asesino de los hermanos Rodríguez” en la sección “Nuestros grabados”:

En todos los puntos de Venezuela a donde la prensa ha llevado la noticia y los detalles del asesinato perpetrado en el Morro de Valencia, en las personas de los hermanos Rodríguez, por Rafael Acosta, acaso no se haya levantado ni una voz de excusa para el homicida, *que sin antecedentes de enemistad con las víctimas, sin necesidad de violencias en aquel caso, sin motivo justificable alguno*, consumó su crimen, por la razón única de *ya amolada el arma*.

La fotografía del delincuente nos ha llegado de Valencia, en donde fue tomada, en el calabozo de la prisión. Allí solo se le dejaba ver de los “reporters” de la prensa carabobeña, que ha publicado los primeros interrogatorios, en los cuales *llama la atención el descaro con que contestaba el asesino y que se revela en sus facciones y en su actitud* (ECI, 1 de septiembre de 1895: 557). [Las cursivas me pertenecen].

De acuerdo con las declaraciones de estos nuevos criminales, todo lo concerniente a su delito pareciera pertenecer al ámbito de la normalidad o, en todo caso, al registro de una normalidad asediada por pulsiones e instintos momentáneos que acechan, desde el umbral de la racionalidad, a ciertos individuos. En este contexto la pulsión, o “cierta dinámica mórbida del instinto” (Foucault, 1990), aquello que nos exhorta a transgredir la norma a sabiendas de que eso y no otra cosa hacemos, no puede llamarse locura, o ausencia de razón, sino perversión (Foucault, 2001). Y para demostrarlo, está la respuesta que el criminal ofrece a la pregunta que intenta despejar las razones de su crimen: “*Ya amolada el arma...*” Algo así como: siendo que el arma que yo amolaba estaba lista en el momento en que los hermanos Rodríguez se cruzaron por mi camino, me pareció oportuno comprobar

si el filo de la misma era capaz de acabar con sus respectivas vidas. En caso de que falten referencias para afinar la imagen de este nuevo enemigo ciudadano, agréguese su inalterable serenidad al momento de ejecutar a sus víctimas y de explicar las razones que lo indujeron al crimen que, como dice el texto, “se revela en sus facciones y su actitud”.

Entre 1898 y 1904 *El Cojo...* publica un considerable número de traducciones críticas que exponen las discusiones que la antropología criminal viene motorizando en Europa. Los nombres

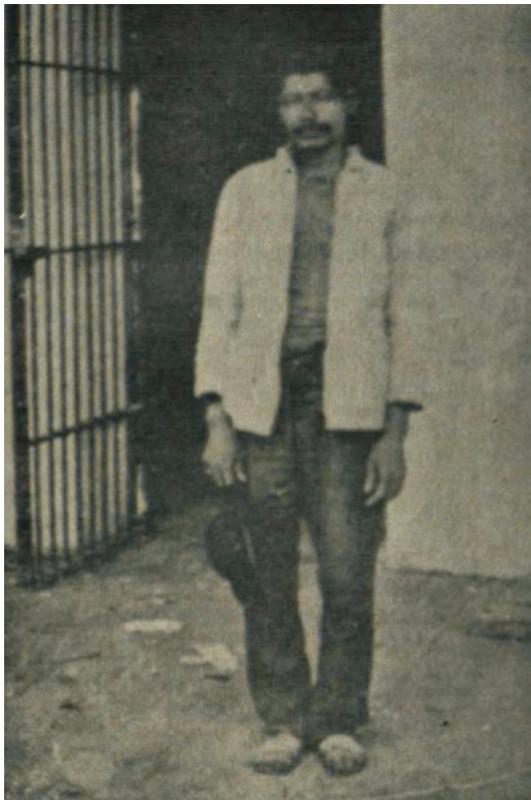


Imagen 8: “El asesino de los hermanos Rodríguez - Rafael Secundino Acosta-”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de septiembre de 1895: 557.

de Lombroso, Garofalo y Ferri circulan libremente para dar cuenta de las preocupaciones de una nueva ciencia criminal que no solo se articula a partir de lo que hacen los hombres, sino también a partir de lo que son, o de lo que se supone que deben ser. Este nuevo saber psico-sociológico de la delincuencia gozará de gran popularidad para la época y, basado en una teoría de la degeneración e inspirado por las cruzadas higienistas de su tiempo, obligará a la racionalidad burguesa a diseñar correctivos destinados a paliar su impacto en el cuerpo social. En la base de esta nueva diatriba está la certeza de que toda acción criminal (toda degeneración), es de índole parasitaria; una nueva enfermedad que impone el aislamiento para evitar la contaminación, como lo certifican los nuevos dispositivos de penalización que aíslan al

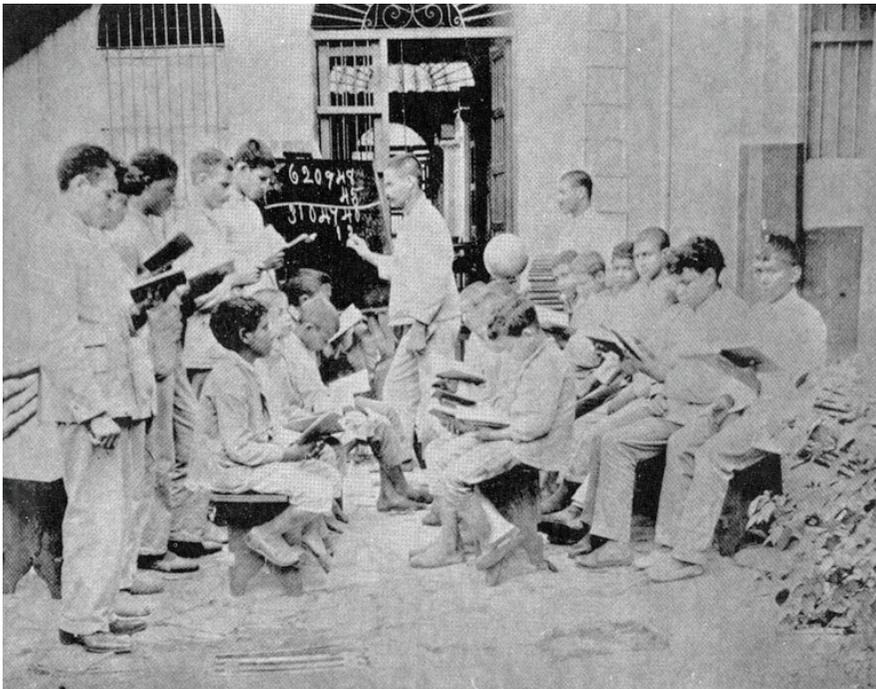


Imagen 9: “Escuela de artes y oficios de la Cárcel Pública de Caracas. Escuela Primaria”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de septiembre de 1904: 539.

perverso y lo inscriben en programas de regeneración. Por muy irónico que, a los ojos del lector contemporáneo, parezca, la cárcel será pensada no solo como el lugar de la punición, sino como el de la regeneración mediante la dedicación a una empresa útil que alcanza su cima en la creación de la Escuela de Artes y Oficios de la cárcel de Caracas:



Imagen 10: “Caracas. Departamento de la Escuela de Artes y Oficios de la Cárcel Pública en la Feria Exposición”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, 1 de septiembre de 1904: 540.

Esta obra es a todas luces altruista, porque tiende a extirpar vicios inveterados, a despertar en el corazón de muchos hombres el amor al trabajo que es la base de todo bien (*ECI*, 1 de septiembre de 1904: 552) (ver imágenes 9 y 10 en las siguientes páginas).

Coda final

Hasta aquí mi inacabada selección de anomalías. He creído ver en salvajes e incorregibles los signos de repetición de una paradoja: aquella que los incorpora como el afuera del archivo, marcando así su condición de exterioridad; en débiles y villanos la confirmación de una habilidad: la que los incluye como ejemplo de la eficacia del Estado liberal moderno en el diseño de estrategias capaces de engendrar empresas eficaces y ciudadanos aptos para ejecutarlas.

Las cuatro anomalías que hasta aquí he descrito no gozan, sin embargo, del mismo nivel de tolerancia en el imaginario social. Tampoco forman parte de los mismos problemas. De allí las contradicciones inherentes al archivo que las compila; de allí también el nivel de aceptación de su anormalidad en el imaginario social pues, mientras el enfermo y el criminal consiguieron ser materia de instituciones perfectamente definidas y reguladas por el Estado, el indio y el negro apenas alcanzaron una incorporación sesgada, como lo demuestran los contradictorios esfuerzos de su reclasificación contemporánea. La polarización política en el país ha sacado a la luz, más de una vez, la ojeriza secular que cobró cuerpo en las páginas de *El Cojo...* y de la que nadie habla abiertamente contra indios y negros. Como entonces, seguimos dando muestras de que los trapos sucios se lavan en casa...

Notas

- ¹ Todos los entrecorillados son de: *Revenge* 1892: 2.
- ² Me he ocupado de otros aspectos asociados a estos tipos indígenas. Cf. Díaz Orozco, Carmen (2009), "Mirar y dejarse ver: crítica del cuerpo en *El Cojo Ilustrado* de Caracas", en Carmen Díaz Orozco (coordinadora). *Leer en voz alta. Lenguajes emergentes de la crítica*. Mérida: CDCHT

- Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”, 135-156 y Carmen Díaz Orozco (2011), “Del cuerpo dócil. Métodos de regulación de la conducta corporal ciudadana en el entre siglo XIX y XX venezolano” *Voz y Escritura* (Mérida) (18): 79-98.
- ³ Le Breton, David (2003). *Des Visages*. Paris: Métailié.
- ⁴ Para muestra, léase el siguiente botón: “Al atravesar una calle lateral oí desde una casita una música horrible y voces ruidosas. Penetré con interés por la puerta semiabierta pero sin atreverme a entrar al salón a causa del calor que me salió al encuentro y el tremendo olor de los negros que había allí. En un rincón estaban sentados tres negros, quienes con su canto, una pequeña guitarra y dos maracas, se empeñaban en desarrollar el ruido más grande posible, lo cual lograban a la perfección. En apariencia causaban con esto un extraordinario trabajo al cantor quien nadando en sudor se pasaba a cada instante un pañuelo por la cara y la cabeza de pelo crespo para quitarse el sudor que corría por ellas. Una reunión de ambos sexos, generalmente negros ligeramente vestidos, colmaba el salón y era muy aficionada a bailar del modo más gracioso posible al son de esta música. Las parejas no se movían en rededor, sino que hacían por lo general en el mismo lugar sus raros movimientos y brincos. Observé solo dos de estas danzas, la baduca y el zapatero, aparentemente muy *en vogue* en esta reunión más no la describiré en forma más precisa porque, aunque fueron ejecutadas con mucha gracia, no pueden contarse entre las decentes. Como no fuera posible entregar por mucho tiempo más mis órganos olfatorios al picante aroma que llenaba el salón estuve contento al encontrarme de nuevo en la calle”. Pino Iturrieta y Calzadilla, 2002: 61.
- ⁵ Algo parecido dirá Martí cuando se detenga en Curazao de viaje hacia Venezuela: “Al amanecer del octavo día se abren los ojos ante una preciosa y pequeña ciudad (...), esa ciudad es como algunos grandes hombres: hay que verlos desde lejos (...), no hay en ella más que calles sucias, casas amarillas, caras enfermizas, negras gritonas y negros desvergonzados: algo así como una eterna disputa entre loros y cotorras: se maldice, se insulta, se amenaza con matar, se alzan los remos como para partir la cabeza (...). Las riñas de los negros en Curazao son como nubes tronadoras de las que jamás se desprendería el rayo”. Cf. Martí, 2005: 229.
- ⁶ Son innumerables las notas que ofrecen estrategias para garantizar la generosidad de las carnes, como esta titulada “Engordar con azúcar”, de la que extraigo algunas afirmaciones que no tienen desperdicio: “Muy

en boga está, hasta en los ejércitos, el uso del azúcar como alimento que robustece y aumenta las energías. El fisiólogo francés M. Toulouse ha hecho experimentos para ver cómo una persona delgada puede engordar con raciones de 50 o 300 gramos de azúcar al día. Los resultados han sido excelentes. El aumento de peso resultó en seguida... Se ha hablado mucho de la sal y sus inconvenientes; el azúcar, alimento tipo, cristalizado, hidrato de carbono sin impurezas, puede tener ventajas considerables en su empleo y merece ser estudiado con seriedad en el problema de la alimentación” (*ECI*, 15 de diciembre de 1904: 776).

Referencias

- Derrida, Jacques (1994). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Traducción de Paco Vidarte. Edición digital de *Derrida en castellano*: <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/mal+de+archivo.htm> (última consulta de la página: 5 de abril de 2012).
- Foucault, Michel (1990). “La evolución de la noción de ‘individuo peligroso’ en la psiquiatría legal”, en *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- _____ (2001). *Los Anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.
- Le Breton, David (2003). *Des Visages. Essai d’anthropologie*. Paris: Éditions Métailié.
- Martí, José (2005). “Un viaje a Venezuela”. En: Martí, José: *Nuestra América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. N° 15.
- Nouzeilles, Gabriela (2000). *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario (Arg): Beatriz Viterbo.
- Pino Iturrieta, Elías y Calzadilla, Pedro E. (2002). “Karl F. Appun. En Los Trópicos”, en *La mirada del Otro. Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*. Caracas. Fundación Bigot, pp. 50-101.
- Revenge, Manuel (1892). “Prospecto”, en *El Cojo Ilustrado* de Caracas. 01 de enero, p. 2.